

es este, y le alabaremos? porque verdaderamente es un prodigio? Prueba esto que tienen fe, y que se salvarán muchos ricos?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el día XII, pág. 307.

MEDITACION.

QUÉ FRUTOS ESPERA DIOS DE NOSOTROS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por los frutos que espera Dios de nosotros, no se entienden ciertas devociones secas y estériles, ciertas exterioridades de virtud que por lo regular solo sirven para tener entretenidas á las personas imperfectas, manteniéndolas en una vida tibia, en la cual á favor de aquellas aparentes señales de piedad, viven llenas de groseras imperfecciones, y mueren muchas veces impenitentes. Las virtudes de perspectiva de esta especie de gentes, á lo mas son hojarasca; esto es, unas bellas apariencias que deslumbran los ojos de los hombres, y á ninguno engañan mas que á los mismos que las representan. ¡Qué fácil es equivocarse en esto! Cuando no se tiene mas que una devocion superficial, se juzga ser efecto de la virtud lo que solamente lo es ó de la pasion disfrazada, ó del genio, ó de la educacion.

Por frutos dignos de penitencia, como los llama san Juan, ó por frutos del Espíritu Santo, segun la expresion de san Pablo, se entienden los efectos de un amor de Dios real y sincero, y de una perfecta caridad con el prójimo: se entienden aquellos frutos que produce una virtud verdaderamente sólida, esto es, un sumo horror á los menores pecados, una insaciable hambre de la justicia, una mortificacion constante y

generosa, una sincerísima humildad de corazon, una gran puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones correspondientes al estado de cada uno: se entiende un aborrecimiento verdadero de todo lo que aborrece Jesucristo, un singular amor de todo lo que ama: se entiende la victoria de las pasiones, la reformation de las costumbres, en fin, una vida constantemente cristiana. Este es el sentido de estas palabras: *Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ*: haced frutos dignos de penitencia; esto es, mostrad en todas vuestras obras, y en todo vuestro porte, que estais verdaderamente convertidos.

Considera ahora si has llevado hasta aquí muchos de estos frutos. Los dias y los años pasan rápidamente; muchos se hallan ya á la vista de la sepultura; ¿cuántos habrá que no llegarán al fin de este año? ¿y qué provision han hecho para la eternidad? El supremo Juez está ya para sustanciar el proceso. ¡Y hay quién se duerma! ¡hay quién se divierta! ¡hay quién piense en todo, menos en esto! ¡O mi Dios, y cuántos árboles están ya con la segur á la raiz para ser cortados y arrojados al fuego!

PUNTO SEGUNDO.

Considera con cuánta bondad, con cuánto cuidado nos ha cultivado Dios. Hace mas de tres años, y acaso mas de diez, que está trabajando el Señor para que demos frutos de buenas obras. Muchos menos auxilios han llenado el cielo de grandes santos, y todos ellos no han bastado para hacerme á mí un verdadero religioso, ni acaso un buen cristiano. No es por cierto culpa de la tierra en que estoy plantado; ella es santa, ella es fecunda, ella da ciento por uno; ¿y cuántos conozco de aquellos mismos con quienes vivo, que con los mismos auxilios que yo recibo producen copiosos frutos?

¿Qué provecho he sacado de tantas misas, de tantas confesiones, de tan crecido número de comuniones? Bastaba una sola para convertir al mas grande pecador, y para elevar á una alma á la mas sublime perfeccion. ¡Ah, Señor! acaso he comulgado mas de doscientas veces; acaso he celebrado el divino sacrificio mas de mil; y todavia no me he enmendado de un solo defecto. Despues de tanta lectura espiritual, despues de tanta reflexion, despues de tantas devociones, despues de tantos buenos ejemplos, ¿soy por ventura mas humilde, mas caritativo, mas apacible, menos desabrido á costa mia, mas exacto, mas observante, mas mortificado? ¿me he hecho acaso mas religioso y mejor cristiano?

¿Qué se hicieron tantas buenas máximas en que en otros tiempos estaba tan imbuido? ¿Habia formado tan nobles proyectos de conversion, estaba tan desengañado, tan disgustado de todas las vanidades del mundo! ¿Adónde se fué aquella tierna devocion, aquella delicadeza de conciencia tan exquisita? ¿adónde el fervor de los primeros años de mi conversion? Gustaba de Dios, me causaba horror el mas mínimo pecado, me estremecian las terribles verdades de la religion; y ahora nada me hace fuerza. ¿Estas verdades han dejado por ventura de serlo? ¿ó son hoy menos terribles de lo que eran antes? ¿el pecado ha dejado de ser pecado, ó se ha disminuido su malicia? y aquel Dios que cada dia me colma de nuevos beneficios, ¿merece ya el que le sirva menos, ó se ha hecho menos amable? ¡O Dios, y qué cuenta tan terrible tengo de dar de tantos auxilios como he malogrado, de tanto tiempo como he perdido, de tantos talentos que no he empleado bien!

Estas reflexiones asustan, estremecen; pero ¿cuál será el fruto de ellas? Engañamos á otros, y nos engañamos á nosotros mismos con el oropel de algunas

buenas obras pasajeras, con una ostentacion de virtud, con alguna lijera reforma de que hacemos alarde, y á la cual nos limitamos, confundiendo las gracias y las inspiraciones para convertirnos con la misma conversion. Y á esto se reduce todo el zelo que presumimos tener de nuestra salvacion eterna.

Dignaos, Señor, ilustrar con vuestra gracia mi entendimiento, y mover tan eficazmente mi corazon en vista de la esterilidad de mi vida, que comience desde ahora á ser árbol menos estéril, y á dar frutos dignos de ser presentados á vos. Haced por vuestra gracia que sean eficaces mis propósitos de amaros y serviros, no ocupando por mas tiempo inútilmente un terreno que hasta aquí he ocupado tan mal.

JACULATORIAS.

Adhæsit pavimento anima mea : vivifica me secundum verbum tuum. Salm. 118.

Desecado estoy en fuerza de mis miserias; vivificadme segun vuestra palabra.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Sí, mi Dios, mi alma ya no piensa mas que en reparar las negligencias pasadas, observando exactamente vuestra divina ley el resto de mis dias.

PROPOSITOS.

1. No nos pide Dios frutos de países remotos; solamente son de su gusto, por decirlo así, los que nacen en nuestro propio terreno. No es menester salir de nuestra condicion, ó de nuestro estado; no es menester buscar otro empleo que aquel en que nos ha colocado la divina Providencia; no es menester aguardar á edad mas madura, ni á vida mas tranquila: cada dia y cada hora se puede presentar á Dios un

nuevo fruto; ya un acto de caridad que se ejerce, ya una mortificacion ó una humillacion que se padece; ora la victoria de una pasion que se consigue, ora un sacrificio del amor propio que se hace. Pocas horas hay en que no se pueda practicar algun acto de virtud; ¿y cuántos actos de paciencia se podrán practicar en una hora? ¡O mi Dios, y en cuán poco tiempo nos haríamos ricos en bienes espirituales, si supiéramos aprovecharnos de todo! No desprecies ocasion alguna, y hazte familiar este ejercicio: no dejes pasar hora alguna sin ofrecer á Dios algun fruto, aunque no sea mas que un acto de amor de Dios, que en cada hora se puede, y se debe hacer muchas veces. Gran medio para que tu vida sea abundante en buenos frutos, y para que tus dias sean verdaderamente llenos.

2. Examina bien cuál es tu pasion dominante; ella te proporcionará muchas ocasiones para ejercitarte en actos de virtud. Ten previstas sus solicitudes, preven sus asaltos, aprovéchate de todo. ¿No tienes alguna envidia, alguna aversion, alguna antipatia? No hay gusano mas roedor de este género de frutos espirituales. Mira que Dios hace grande aprecio de ellos; no desestimes su cultivo. Nunca leas libro alguno piadoso, sin sacar de él algun fruto; y para eso al acabar de leer, determina cuál ha de ser. Aprovéchate de los buenos y aun de los malos ejemplos; el zelo de la propia perfeccion tiene mil industrias para servirse de todo. Cuida mucho de que no sean infructuosas las instrucciones y lecciones que te dan; y procura tener el consuelo de no confesarte ni comulgar jamás sin sacar algun fruto de la confesion y comunión.

SAN TORCUATO, OBISPO Y MÁRTIR.

El mayor de todos los beneficios que puede recibir una nacion de mano del Dios de las misericordias, es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradarle. La fe es entre todas las gracias la primera en el orden, y la mas necesaria, indispensable para ser contado entre los hijos de Dios, y poder entrar en la participacion de sus misericordias. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en ellas las verdades del Evangelio. España, mas feliz en esta parte que casi todas las naciones del mundo, no se cansa de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año. No se contenta con dedicar devotissimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discipulos suyos, que despues de haber visto su martirio, vinieron á consumir la obra que el santo apóstol habia comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es san Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la iglesia de España en este dia, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco mas que lo que refiere la historia de los demás Apostólicos. Segun ella, san Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que san Pedro y san Pablo difundian las luces del Evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religion evangélica,

y era capaz no solamente de manifestarla en sus obras, sino tambien de someter á ella con su predicacion y su zelo á las naciones deslumbradas todavia con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesion á los divinos misterios, s fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su zelo ardiente por la propagacion del Evangelio, fueron otros tantos motivos que movieron á san Pedro y san Pablo á poner sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Conocieron sin duda que del conjunto de virtudes y sabiduria que resplandecian en Torcuato, no se podian esperar sino grandes conversiones y muchas conquistas en favor del cristianismo. Ordenáronle de obispo, y recibida su bendicion y el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella region predilecta, en que su santo maestro habia ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces el emporio que los romanos tenian en España, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; sin duda, porque habiéndose publicado la persecucion sangrienta de Neron, consideró que en las grandes ciudades, donde habitaban los pretores, habria mayores obstáculos para sembrar la primera semilla del Evangelio. Por tanto, pasaron adelante hasta llegar á las costas de la Bética, entrando en un puerto que prudentemente se conjetura ser el de Urci, ó *Puerto Magno*, junto al sitio que ocupa Almeria actualmente. Desembarcó allí san Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traian proyectada. Vieron los inmensos campos que habian de ser el teatro de su predicacion cubiertos de peligros. Consideraron que en España seria menester acaso combatir con mas monstruos de supersticion ó idolatria que en otra parte del mundo: por cuanto el

atractivo de sus riquezas era un convite hecho á todas las naciones paganas, que conducidas por la avaricia introdujeron en ella sus vicios y sus errores. Así se ve, que en las monedas de la antigua España se encuentran los signos no solamente de la monstruosa religion de los Griegos y Fenicios, sino tambien de otra particular y no menos monstruosa en que estaba sumergido este desgraciado pais. Pero cuando la caridad ha llegado á apoderarse del corazon humano, los mayores peligros no son otra cosa que incitativos para grandes obras. Apenas puso los piés en tierra san Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Ni el cansancio de la navegacion, ni el caminar á pié por parajes escabrosos, ni la desconfianza que es preciso que infunda el verse rodeado de tierras infieles y desconocidas, pudieron hacer vacilar la constancia de los ministros del Evangelio. Muy poco mas de trece leguas habrian andado, cuando se les presentó á la vista la ciudad de Acci, hoy Guadix, en la cual determinó san Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse algunos instantes fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de ella cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les dieron lugar para proveerse de los alimentos que traian en la embarcacion, les fué necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel dia celebraban los gentiles una solemnísima fiesta á sus deidades, que segun el Cerratense eran Júpiter y Mercurio, y segun otros la diosa Juno; pero si se ha de dar lugar á conjeturas, la fiesta que en tiempos antiguos celebraba la España de todos estos santos el dia primero de mayo, prueba que en

este día fué su feliz arribo á la ciudad de Guadix; y sábase por Ovidio que el primer día de mayo le tenían dedicado los gentiles á la fiesta de los *Lares Prestites*, númenes que tenían á su cuidado las casas y domicilios de los gentiles. Es creible que se hallasen en la solemnidad de estas deidades, cuando llegaron á buscar alimento los enviados por san Torcuato: su aspecto extraño y severo, su modo de vestir pobre, y que denotaba distinta profesion; ó lo que es mas cierto, el trastorno de la razon que habia causado en aquellos hombres ciegos la borrachera, la gula y la inmoderada alegría, que eran los principales ritos con que honraban á sus dioses, los sacó de tino, y les hizo enfurecer contra los santos. Acaso estos viendo ocasion oportuna de comenzar á esparcir las luces del Evangelio, y enardecidos con el zelo de la honra de Dios, al ver tributar al demonio adoraciones solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se explicarian con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Como quiera que sea, Dios, de cuya providencia dependen los buenos y los malos sucesos, iba preparando un feliz principio á la primera plantificacion de la fe en España, por medio de un asombroso milagro. El pueblo de los gentiles tumultuosamente conspirado, principió á maltratar á nuestros santos, y como estos se diesen prisa á salvarse con la fuga, la multitud exacerbada comenzó á perseguirlos con ánimo resuelto de quitarles la vida. En el camino que seguian los perseguidores y perseguidos, habia un puente magnífico, de tan sólida construccion, que todos los documentos antiguos convienen en que era capaz de resistir á la fuerza de los tiempos. Entraron en él los santos, y lo pasaron felizmente; entraron tambien los perseguidores, y cuando todo el puente estaba lleno de ellos, y ya juzgaban tener en la mano á los que perseguian, aquel Dios, á cuya

vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que, derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba el puente, viniese abajo con estrépito envolviendo en sus ruinas á todos aquellos miserables. Con la muerte de tantos infelices fué universal la consternacion que se apoderó de los corazones de todos los Acitanos. Un saludable terror ocupó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira, y convirtiéndose en respeto y veneracion lo que antes era abominacion y desprecio, determinaron enviar mensajeros á los santos para que pasasen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dió benigna acogida en su casa á aquellos extranjeros, en cuyo favor se manifestaba el cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesion, y por los fines que les habian hecho emprender el peligroso viaje y peregrinacion de aquellas tierras. Gozoso san Torcuato por los buenos auspicios de su expedicion, y viendo cuán buena ocasion se le ofrecia de comenzar la grande obra de la conversion de aquellas gentes, dió cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la conversion y felicidad eterna de sus almas. Dijola que eran enviados del mismo Jesucristo; que este era el Hijo de Dios vivo, que por la salud del género humano se habia hecho hombre, habia predicado una ley de gracia, y habia sido crucificado para redimir á los mortales de la esclavitud del demonio; que por encargo de este hombre Dios venian á predicar el Evangelio y la remision de los pecados, la cual conseguiria todo aquel que creyese los misterios que anunciaban y recibiese el bautismo. La gracia divina difundió sus luces en el entendimiento de aquella noble matrona, para que, á la sencilla proposicion de tan sublimes verdades,

prestase dócil su alma para crearlas, y gustoso el corazón para abrazarlas. Como había oído que la felicidad que anunciaban no se podía obtener por otro medio que por el bautismo, solicitó con ansia el recibirlo; pero san Torcuato, como el mayor y más venerable entre todos, la advirtió que no podían complacerla en sus santos descos, hasta tanto que estuviese bien instruida en los principales dogmas de la religión; y entre tanto que recibía esta instrucción, la significaron que sería oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa mujer recibía todas las instrucciones de aquellos hombres celestiales, no permitía creer que alegaría excusas ni andaría con dilaciones en la ejecución de lo que la insinuaban; y en efecto inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construcción de la obra proyectada. Concluida esta, y hallándose Luparia con la necesaria instrucción de los divinos misterios, recibió el santo bautismo en el baptisterio que ella misma había construido, con un sencillo aparato de ceremonias sagradas, que, aunque pocas y sin ostentación, tenían en sí tal carácter de sublimes y divinas, que merecieron la veneración y reverencia de todos los espectadores.

Nada hay en el mundo tan poderoso y eficaz para propagar las buenas ó malas costumbres, como el ejemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad, tienen un gran ascendiente sobre el pueblo. El haber visto que Luparia, mujer rica, poderosa y de familia distinguida, había hospedado en su casa á aquellos extranjeros, y abrazado su religión por medio del bautismo, movió tan poderosamente á los ciudadanos de Guadix, que todos á porfía deseaban imitar á Luparia, ya tratando con amor y respeto á los varones apostólicos, ya recibiendo sus saludables instrucciones con gusto y ale-

gría, y lo que es más, abominando los ritos supersticiosos de sus falsas deidades, hasta llegar á destruir las estatuas y demoler sus templos. En uno de estos, dice el leccionario Complutense, erigieron una muy decente iglesia, que dedicaron al glorioso precursor de Jesucristo san Juan Bautista. Ya en este tiempo se había transformado Guadix de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenían que hacer tantos obreros del Evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habían sometido el cuello á su yugo. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonados frutos; y á este fin eligieron aquellas, entre todas las de la península, que, ó por su mayor cultura, ó por gozar de un gobierno más pacífico, estaban menos expuestas á la crueldad de los perseguidores del nombre cristiano. Habiéndose, pues, convenido en la manera con que habían de proceder en la predicación del Evangelio, y habiéndose abrazado caritativamente, cada uno emprendió aquel camino que le sugirió el Espíritu Santo.

Quedóse san Torcuato, como más antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera silla episcopal de nuestra España. Los copiosos frutos que habían producido estos primeros ensayos en la predicación del Evangelio, animarían su espíritu para proseguir con zelo y actividad los comenzados trabajos. Continuamente se ocuparía en instruir á los fieles en los divinos misterios, enseñando á los ignorantes, exhortando á los débiles, enardeciendo á los tibios, y cumpliendo en todo con los deberes de un buen pastor y padre, que señala san Pablo. Como era tan reciente la memoria del paganismo, y los ministros imperiales contraían un mérito en impedir la propagación de cualquiera doctrina que fuese contraria á las supersticiones de la gentilidad, es creíble que el santo

tendria por estos motivos frecuentes ocasiones en que ejercitar su resignacion y su paciencia. Por desgracia ningun documento auténtico nos han dejado el tiempo, las revoluciones y la opresion de las naciones bárbaras, de donde podamos deducir con certidumbre las virtudes, obras caritativas, predicacion continua, y considerables trabajos, que debieron ocupar á este gran santo; pero la tradicion inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, que manifiesta la particular asistencia con que protegió el cielo su predicacion, y autorizó su doctrina. Este era, que habiendo plantado á la puerta de la iglesia una oliva, producía todos los años tan copioso y maravilloso fruto, que tomando de él los fieles, tenían un antidoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque comunmente se atribuye á todos los Apostólicos la plantacion de esta milagrosa oliva, la singularidad de florecer repentinamente, y dar fruto la vispera del dia en que se celebraba en Guadix la fiesta de san Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fué plantada por él, y que en honor suyo principalmente manifestaba el cielo tan grandes maravillas. Hoy dia se conserva junto á la ermita de san Torcuato una oliva que denota una antigüedad asombrosa; pero bien sea porque no es la misma que plantó el santo, ó bien porque no sea igual la fe de los cristianos presentes á la de los antiguos, lo cierto es que no produce frutos milagrosos. Como quiera que sea, los trabajos de san Torcuato merecian del cielo las demostraciones mas claras de proteccion, asi como le merecieron la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se saben las circunstancias de este; pero se debe presumir que, habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecucion de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales á cuyo cargo estaba el gobierno

civil, juzgarian estos que el medio mas oportuno y eficaz para desarraigar la religion de Jesucristo y cumplir el decreto del emperador, era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella iglesia, que era san Torcuato. En efecto, el santo cadáver de este prelado es el testimonio mas auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que fué muerto á cuchilladas. En el año de 1593, con motivo de hacerse un reconocimiento juridico de su santo cuerpo, existente en el monasterio de Celanova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia que solicitó su digno obispo don Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del santo habia un golpe, y en él pegada todavia con la misma sangre seca un pedazo del lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este santo, ni de algunas de sus circunstancias. Sucedió este en un campo llamado Faceretama, á legua y media de Guadix el viejo, en cuyo sitio se erigió despues una ermita con el nombre de este santo mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas, sobre las cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Refiere esta singularidad Diego Perez de Mesa por estas palabras: « Dicen que san Torcuato padeció martirio en un campo que está á dos leguas de Guadix, en el cual se ve muchas veces de noche una muy grande luz, que parece llegar al cielo, y se ve de lejos muy clara, la cual nadie ha podido explicar, aunque lo han procurado muchos. Es opinion muy admitida en esta tierra, que aparece esta luz en la misma parte donde padeció martirio el glorioso santo; y así la llaman vulgarmente la lumbre de san Torcuato. » Todo esto convence, que si el santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro; obrando el cielo tan pródigamente

maravillas con los que iban á encomendarse á su proteccion, que, segun el leccionario Complutense, se hacian participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuviéronse en Guadix los sagrados despojos de su primer prelado todo el tiempo que duró en España la dominacion de los reyes godos; pero invadida esta nacion por los moros, fué necesario trasladar las reliquias á sitio mas seguro. No consta ciertamente el tiempo en que se hizo esta traslacion; pero habiendo sido Abderramen el perseguidor, no solamente del nombre cristiano, sino tambien de los cuerpos y reliquias que habia en las iglesias, y que llamaban santos, como dice el moro Rasis, es creible que en tiempo de este rey impio, y por los años de 777, fueron trasladadas las reliquias de san Torcuato para defenderlas de la furia del perseguidor. El sitio venturoso que mereció ser enriquecido con tan precioso tesoro, fué a iglesia llamada de Santa Colomba, sita en el obispado de Orense, no lejos de un rio llamado Limia, la cual iglesia de allí en adelante sellamó Santa Colomba de San Torcuato. Era este templo antiquisimo, hecho en forma de cruz, en cuyos brazos estaban construidas dos capillas, y en la que está al lado de la epistola fué colocado el cuerpo de san Torcuato, en un sepulcro de mármol blanco, de estructura y grandeza correspondiente á su objeto. Este sepulcro se conserva todavia allí, aun despues de haber sido trasladado san Torcuato al monasterio de Celanova; concurriendo los fieles con tanta fe, y glorificando Dios á su siervo con tantas maravillas, que aun los polvos del sepulcro bebidos por el que padece flujo de sangre, le sanan maravillosamente de su dolencia, como afirma haberlo visto Castilla.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en Santa Colomba el santo cadáver, hasta que habiendo san

Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de san Torcuato, trasladándolos de la primera iglesia que pertenecia á sus posesiones. El año de 1174, hallándose en Celanova el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, quiso que colocasen debidamente las reliquias sagradas que poseia aquel monasterio; y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de san Rudesindo y san Torcuato. Mas de cuatrocientos años se mantuvieron las sagradas reliquias en este estado, hasta que habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó del rey Felipe II que se la hiciese participante de alguna porcion insigne de aquellas reliquias, para tener el consuelo de venerar mas de cerca al padre de su fe. Por esta solicitud obtuvieron la media caña de un brazo y un dedo pulgar, que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el señor don Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del santo mártir de Jesucristo en el año de 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquisimo, tan nuevo como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se habia convertido en cenizas; el corazon permanecia entero, exhalando una suavísima fragancia; y el cráneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el santo habia padecido martirio. Hizo el abad la separacion de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago; y lo demás que quedó fué depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de san Rude-

sindo, en el año de 1601, en donde uno y otro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo día celebra la iglesia de España la fiesta de san Indalecio, de cuya vida nada mas se sabe que lo que ya queda dicho de los demás Apostólicos. Por tanto se omite la molesta repetición de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para desahogarse en las efusiones mas fervorosas de devoción y gratitud.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En España, los santos Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufasio, los cuales, habiendo sido ordenados obispos en Roma por los santos apóstoles, fueron enviados á predicar la palabra de Dios en España; y despues de haberla anunciado en muchas ciudades, y sometido al yugo de la fe una multitud innumerable de pueblos, murieron en paz en diversos lugares de este reino: á saber, Torcuato en Guadix, Tesifonte en Béjar, Segundo en Avila, Indalecio en Urci, Cecilio en Elvira, Hesiquio en Gibraltar, y Eufasio en Andújar.

En Evora en Portugal, san Marcio mártir.

En la isla de Quio, la fiesta de san Isidoro mártir. Todavía se ve en la iglesia que lleva su nombre, el pozo en que se cree fué arrojado, y cuya agua sana frecuentemente á los enfermos.

En Lampsaco en el Helesponto, los santos Pedro, Andrés, Pablo y Dionisia mártires.

En Fausina en Cerdeña, san Simplicio obispo, que consumó su martirio siendo traspasado con una lanza, en tiempo del emperador Diocleciano y bajo el presidente Bárbaro.

En Clermont de Auvernia, los santos mártires Casio, Victorino, Máximo y sus compañeros.

En Brabante, santa Dimpna, virgen y mártir, hija de un rey de Irlanda, por cuya orden fué decapitada por la fe de Jesucristo y por la conservacion de la virginidad.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos per beatum Torquatum, martyrem tuum atque pontificem, ad agnitionem tui nominis venire tribuisti: concede propitius, ut ejus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concediste la gracia de que viniésemos á conocer tu santo nombre por medio de tu bienaventurado mártir y pontífice Torcuato: concédenos, misericordioso Señor, que nos alegremos con la protección de aquel, cuyo nacimiento en el cielo celebramos rendidos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia 1, pág. 12.

REFLEXIONES.

Nosotros insensatos juzgábamos que su vida era locura y su fin deshonorado. Este es el concepto que merecen al mundo los hombres virtuosos, los que oyendo las inspiraciones del Espiritu Santo determinan despreciar las profanas pompas y vanidades, tomar sobre sus hombros la cruz de Jesucristo, y seguir fielmente sus pasos. Los mundanos truecan fácilmente los nombres, á proporcion que ellos tienen trocadas las ideas. Al retirado le llaman toco é intratable; al silencioso le tienen por estúpido; al que frecuente los sacramentos por hipócrita, y al que cumplé con todas las obligaciones de la ley evangélica, por necio, por imbécil, de juicio y corazon menguado. Y esto ¿porqué? Porque un hombre engolfado en los placeres del mundo, y que mira sus